

# Revista SIN CONTORNOS

ESPACIO DE ENTRAMADO PSICOANALÍTICO  
[www.sincontornos.com](http://www.sincontornos.com)



---

N°7 - Marzo 2018

Personas chiquitas

*Adriana Santagapita*

*Previamente publicado en : Santagapita, A. (2016).  
Cuestiones de lazos. Testimonios de un psicoanálisis.  
Buenos Aires: Ed. Dunken*

Los niños se emocionan, se angustian, se entristecen, se alegran, disfrutan, padecen. Dudan, creen, se ilusionan y desilusionan. Tienen heridas de amor, se rearmen cuando el amor reaparece. Inscriben marcas de amor.

Se les cae el mundo encima ante circunstancias familiares que no entienden. Sufren pérdidas. Duelan. Interrumpen el duelo. Se enferman cuando el cuerpo no puede armonizarse por exceso de emociones. Se asustan, se tranquilizan ante palabras de contención. Creen lo que les dicen las personas significativas de su vida. Absorben el caos del entorno y se alegran cuando la calma y el buen humor reaparecen.

Se cansan, se agotan, se hiper-acomodan por necesidad de afecto y miradas aprobatorias. Se les resta energía para lo propio cuando de todos modos se les exige responder con lo cotidiano, con el aprendizaje, con los horarios. Necesitan pasar por algunas circunstancias muchas veces hasta hacer inscripciones.

Deciden tempranamente consentir con los lugares asignados. O no, y hacen patologías que son para leer en clave de necesidades y agobios. Se

defienden de la agresión, aunque con los límites de su escaso poder, siempre mucho menor que el de sus mayores. Se rebelan. Se desdicen. Se escuchan y desoyen.

Necesitan que se les dedique tiempo, que se les pregunte qué quieren y pueden. Que se escuche aquello con lo que no están pudiendo. Y se los ayude a poder en lugar de marcar las “fallas”.

Se aterran ante lo desconocido o lo imposible de entender. Se anulan cuando hay peleas a su alrededor y quedan como testigos, invitados obscenamente a mirar lo ajeno del mundo adulto, que debería quedar velado para no irrumpir tempranamente cuando aún no hay con que decodificar escenas tan lejanas al mundo infantil. Necesitan conocer sobre lo privado, del mundo adulto y del propio, y eso amerita contar con espacios con puertas simbólicas.

Les duelen los gritos y golpes. Sufren por el destrato y el maltrato. Se angustian cuando las funciones que están por encima de la “pirámide” deciden caprichosamente, por fuera de la función.

Necesitan mimos y cuidados cuando están vulnerables. Necesitan respeto por su hambre o falta de ganas de comer. Se esfuerzan profundamente cuando se los obliga a lo que no están pudiendo, y pagan las consecuencias. A veces muy caro. Se ríen a carcajadas si la vida va relajada. Cantan y bailan cuando están tranquilos. Pueden sonreír con tan solo una caricia y una palabra amorosa.

Se espantan ante el desborde del otro, se deprimen y no les queda energía para aprender, jugar, socializarse si el entorno es mudo, sordo y ciego. Intentan responder a las demandas por miedo a la pérdida de aprobación. Atraen la mirada a como dé lugar cuando el entorno se vuelve tirano. Aún a costa de sí mismos y sus cuadros sintomáticos que no pueden detener solos, ni leer como pedidos de ayuda. Aunque la piden al modo que encuentran, consciente o inconscientemente. Y se alivian si la ayuda llega en palabras continentales y sanadoras para aquietar aquello que los hiere.

Se alegran cuando los momentos de paz les permiten escucharse a sí mismos y hacer uso de su tiempo para poner su deseo a circular. Si se los ayuda a hacer lugar al deseo por encima del mundo de lo obligatorio impuesto imperativamente.

Cumplen con expectativas, dejan de cumplir y se atienen a lo que venga. Se los oye, se los silencia. Se los ama, se los rechaza y sienten cataratas de emociones que cuesta procesar.

Colapsan ante agendas apretadas, necesitan tiempo de descanso y diversión. Tiempo libre. Elegir que hacer, distribuir su economía libidinal entre lo que quieren y todas las actividades que otros deciden para ellos en pos de su bienestar, que no siempre condice con lo posible. Se ajustan a lo maquinal cotidiano en horas fuera de casa con tiempos generalizados que desconocen las posibilidades singulares, muchas veces más de lo que están en condiciones físicas y psíquicas de hacer. Pero como intentan entender que se hace lo que se puede, se esfuerzan por cumplir cuando a veces no hay modo que la escuela no sea el lugar donde se pasa la mitad o más del día, continuando con las demás actividades post colegio. Más las tareas escolares en casa, para responder a las notas académicas, donde en lugar de quedar vez por vez evaluado que está pudiendo hacer, lo arbitrario de las generalizaciones los dejan atosigados y teniendo que responder a lo esperado para no sufrir prohibiciones o retos.

Se distraen, se concentran más fácilmente si los intereses les son cercanos en algún punto. Se inhiben. Se desbordan e inquietan. Se mueven en exceso. Se paralizan. Hacen cuadros de fobias, anorexias, ataques de pánico, ansiedad oral, histerias, escisiones psíquicas, dificultades de aprendizaje y del lazo social. Se callan si no hay quien escuche. O insisten al modo de lo sintomático que lleva a más padecimiento. Cometan excesos. Se frustran. Les fallan los recursos psíquicos, intelectuales, emocionales. Se rearman cuando un partenaire se ubica a su altura y mira el mundo desde su perspectiva.

Se entregan al amor cuando lo perciben. Se encierran en sí mismos ante la carencia de recursos del entorno. Demandan. Responden. Se niegan. Se enojan. Se pelean y se reconcilian sin rencores. Se alivian. Se juegan por lo que creen. Se enfurecen ante injusticias. Se conduelen ante el dolor del otro. Critican, pueden ser crueles con sus pares. O fuertes contenedores emocionales frente a lo que leen como tristeza o angustia.

Se desentienden de lo propio. Se ocupan de atraer la atención de los padres para distraerlos de sus caos. Defienden lo que piensan.

Piensan mucho. Y claramente. Arman teorías con los recursos con que cuentan cuando no entienden de qué va la cosa. Pero en general suelen ir leyendo la cuestión bastante acertadamente con los datos que tienen, con lo cual generalmente sólo hay que ajustar esas hipótesis. Intentan comprender cuando preguntan y las respuestas no llegan. O cuando pescan la posición del otro y saben que no hay a quien preguntar o hablar. Se problematizan y tratan de encontrar soluciones. Se sobre-adaptan al entorno y des-adaptan cuando los abrumba.

Así, como nosotros, las personas “grandes”. Les pasa lo mismo en su mundo, tan importante para ellos como para nosotros el nuestro. Es para tomar seriamente cada uno de sus gestos, estados, dichos. Es para dar por sabido que todos necesitamos ayuda cuando no podemos solos. Y ocuparnos de hacer que los momentos de alivio y alegría sean los que tomen lo cotidiano la mayor parte del tiempo. Tomando prestados recursos cuando se pierden momentáneamente. Todos, ellos y nosotros, vamos en búsqueda de conquistas de espacios propios y libres.

Necesitan, como los adultos, que se les diga cuánto se los ama. Abrazos, besos y caricias. Palabras y tiempo dedicado en exclusividad. Cuentos que embellezcan la realidad para que la ficción sea parte del velo imprescindible que permite ir de otro modo a los tiempos difíciles. Tienen fantasías. Viven realidades.

De esto nos ocupamos los analistas de niños y los que se dedican éticamente a la infancia. De hacer lugar a estas necesidades y pedidos. De escucharlos y traducir sus palabras adaptándolas a aquellas que puedan ser escuchadas. Porque cuando les preguntamos que necesitan decir, ellos hablan. Prestamos la voz. Transmitimos intermediando sus sensaciones y estados. Ayudamos a pensar cómo reubicarse en los momentos de atrapamiento y desorientación.

Y jugamos, mucho, dejándonos guiar por la respuesta sobre “¿qué quieres hacer?”, invitándolos a construir puentes hacia sí mismos y el mundo.

La infancia, tiempo de juegos y sueños, menos “domesticados” que los grandes, más cerca de los anhelos, saben qué quieren y qué no. Primeros pasos en el mundo que iremos habitando el resto de la vida, reuniendo recuerdos plagados de imágenes y sonidos. Con algunos de ellos después contaremos, y otros, habrá que desandar.

